

gérard de nerval

la mano encantada

Eustache Bouteroue, un joven formal y con poca destreza para el arte de la lid, se ve forzado a batirse en duelo por su amada. Con ayuda de un titiritero y sus encantamientos consigue superar el embate, aunque posteriormente se ve superado por las circunstancias. Debido al hechizo su mano adquiere vida propia y lo lleva al precipicio en el que la muerte resulta ser el único antídoto contra el apéndice encantado. Humor, miedo y crítica social, hacen de este relato de Nerval el más próximo a las formas del género «gótico» tan en boga hacia finales del siglo XVIII y principios del XIX. En *La mano encantada*, Nerval muestra su afición e interés por la magia, el ocultismo, la cábala, el esoterismo, el simbolismo o la alquimia. No es únicamente un relato fantástico, puesto que nos ofrece un segundo nivel de lectura donde el lector hallará múltiples referencias a los temas anteriormente citados, a libros de la época relacionados con ellos y a todo el elenco de personajes por los que mostraba especial debilidad el autor: magos, titiriteros, bufones o comediantes.

Presentación

AL intentar un esbozo de la vida de Gérard de Nerval (seudónimo de Gérard Labrunie) infaliblemente nos topamos con una encrucijada: si buscamos en las opiniones y los testimonios de sus contemporáneos, la imagen se diluye en una especie de desconcierto cuya cifra esencial es la incompreensión, quizá con la única excepción de Baudelaire quien le emparentaba con Edgar Allan Poe, otro incomprendido del otro lado del océano. Si rastreamos en los escritos «secundarios» del autor —cartas, diarios, notas periódicas que, por lo regular, son una fuente invaluable para dicho propósito—, nos encontramos con una respuesta inusitada para la época y preámbulo no sólo del romanticismo sino del arte moderno: vida y obra son la misma cosa. Así, acceder a la vida de Nerval (nacido en París en 1808, el 22 de mayo, en la costura de las constelaciones de Tauro y Géminis y muerto también en París de forma misteriosa, la muerte siempre es misteriosa, en enero de 1855) implica, como él deseara, descorrer la voluminosa cinta en la que nos dejó escrita su realidad en una sola línea.

¿Cuál es esta «realidad» que Gérard (así solía firmar algunos de sus escritos) trató de figurar con una línea tan larga como su vida? Hagamos unos trazos. Como todo fundador, y sin duda se trata de uno, Gérard tuvo que librar batallas en muchos campos. Jean Giraudoux destaca en una larga reflexión al hombre de letras cuya actitud —y no está de más destacar que Nerval siempre vivió de su escritura— fue determinante para la futura vida intelectual de Francia. En este campo enfrentó con determinación los embates de las

retóricas neoclásicas y humanistas, escribió numerosos ensayos y artículos sobre la poesía y la lengua francesas, interesado particularmente por los poetas de la Pléyade y por la poesía del siglo XVI de donde extrajo elementos para obtener un acercamiento profundo a los misterios de la alquimia y los símbolos antiguos. En compañía de Theophile Gautier, Arsène Houssaye y el pintor Camille Rogier, fundó la revista *Le Monde Dramatique* en donde publica una crítica teatral corrosiva y marcada, seguramente, por sus fracasos como dramaturgo, fracasos que se debieron más a la incompreensión —una de las estrellas funestas que rigieron la carta natal del poeta— que a cualquier otra causa. Observó y asimiló de cerca al gran romanticismo alemán; su traducción del *Fausto* de Goethe fue muy celebrada y le valió la amistad del poeta, así como la de otros importantes escritores de aquel país en donde Nerval se sentía como en casa. En medio de esta vida logró engarzar momentos de tranquilidad y reflexión en los que le fueron de gran ayuda por un lado el pensamiento de Rousseau y por otro sus numerosos viajes, reflejo también de sus estados anímicos. Justo en ese vértice logró forjar el eslabón de su vida: el lenguaje, «un lenguaje privado» como lo bautizara Todorov, un insólito nudo gordiano que le permitió sostener la unidad de sus inciertos dominios.

En su obra poética tardía —y en ella debemos incluir sobre todo las últimas novelas, *Silvie*, *Aurelia*, *Pandora*, *Octavie* y los sonetos de *Les chimères*—, Nerval retoma los elementos de una tradición «fantástica», apenas renacida, para darle un sentido que no tiene precedente. Su propio «yo» se convierte en el protagonista de una aventura mítica, amorosa y lingüística cuyo cauce vertiginoso le instala en un país donde las fronteras de lo inverosímil y lo verosímil se funden, un mundo desbordado en el que la indefinición de los contornos presenta por un lado la posibilidad palpitante de una revelación y, por otro, mina la mente del escritor con el vacío de la duda y el desencanto.

La «actualización» del sueño y del ensueño, de los mitos vivientes y de aquellos que renacen con nueva faz, de las formas personales de la pasión y del olvido, así como la revitalización de la femineidad como corazón del mundo, colocan al poeta a la cabeza de una gesta que, en palabras de Albert Béguin, consiste en «la transfiguración de su propia vida en un mito que abarca todo el destino de sus semejantes, la conciencia cada vez más nítida del lazo que existe entre la solución del drama metafísico y el fin de sus tormentos personales, la necesidad de vencer la amenaza de la muerte por la conquista mística de la luz final...», en suma, la «tentativa» de un «sueño dirigido».

La posibilidad de un sueño dirigido rehabilita otra posibilidad: la de restablecer el equilibrio indispensable entre las fuerzas anidadas en el cuerpo como energía vital y aquéllas derivadas del razonamiento y que sin un soporte material conducen a la locura. Un equilibrio que permite la existencia y la gestación de los símbolos y de su fuerza renovadora.

En esa larga cinta que Gérard nos deja como la línea de su vida, podemos advertir los signos agregados por la suma de las generaciones que le preceden y que con el gesto de la comprensión le rinden tributo. La línea no se detuvo con su muerte. Su obra queda como una puerta abierta que nos conduce, ahora lo sabemos, al corazón del arte moderno, a la posibilidad de nutrirlo con la savia más antigua.

La mano encantada, entre la producción de Nerval, guarda una característica singular: es la más cercana a las formas del género «gótico» tan en boga hacia finales del siglo XVIII y principios del XIX. Por su estructura y contenido, encontramos a un escritor plenamente conocedor del género; sin embargo, Gérard añade, como todo escritor original, una contribución reveladora: traza con nitidez el advenimiento de la «edad de la razón», el consecuente descrédito de la sabiduría tradicional y el mundo antiguo. Instala

en mitad de las mercaderías y los usos jurídicos del «nuevo orden», la posibilidad de una fractura. El hombre común, el prototipo del momento, es la víctima. Trabajando de manera intermitente con el diseño y el lenguaje de la novela gótica, brinca al plano de una crítica social cuyo centro es la tragedia del hombre desposeído principalmente de memoria, de memoria colectiva.

Luis Cortés Bargalló

I. LA PLAZA DE LA DELFINA



NADA hay tan hermoso como esos caserones del siglo XVII que la plaza Real nos ofrece en majestuoso conjunto. Cuando sus fachadas de ladrillos bien trabados y enmarcados por molduras y cantos de piedra, y sus ventanas altas se encienden con los resplandores espléndidos del sol del atardecer, siente uno al contemplarlas la misma veneración que ante un tribunal de magistrados vestidos con togas rojas forradas de armiño; y si no fuese una pueril comparación, podría decirse que la larga mesa verde alrededor de la cual esos temibles magistrados se sientan formando un cuadrado se parece un poco a esa diadema de tilos que bordea

las cuatro caras de la plaza Real, completando su austera armonía.

Hay otra plaza en París que no es menos agradable por su regular y normal estilo; así como la plaza Real tiene la forma de un cuadrado, ésta, aproximadamente, ofrece la de un triángulo. Fue construida en el reinado de Enrique el Grande, que la llamó plaza de la Delfina; admiró a las gentes de entonces el tiempo escaso que precisaron sus edificios para cubrir todo el terreno inculto de la isla de la Gourdaïne. Fue un dolor cruel la invasión de este terreno para los curiales, que iban allí a divertirse ruidosamente, y para los abogados, que meditaban en él sus alegatos: ¡un paseo tan verde y florido al salir de la infecta audiencia del palacio!

Apenas se edificaron esas tres hileras de casas erguidas sobre sus pórticos pesados llenos de almohadillas y surcados de frisos; apenas fueron revestidas de sus ladrillos y se les abrieron sus ventanas con balaustres y se las tocó con sus techumbres macizas, aquel pueblo de gentes curiales invadió toda la plaza, estableciéndose cada uno en ella según su categoría y sus medios, es decir, en razón inversa a la altura de los pisos. La plaza se convirtió en una especie de Corte de los Milagros de alto prestigio, una guarida de ladrones privilegiados y de gentes *picapleiteras* edificada con ladrillo y piedra, mientras eran de barro y madera las moradas de los rateros.

En una de esas casas de la plaza de la Delfina vivía hacia los últimos años del reinado de Enrique el Grande un personaje bastante importante que se llamaba Godinot Chevassut, teniente civil del preboste de París, cargo muy lucrativo y penoso a la vez en un siglo en que los ladrones eran mucho más numerosos que hoy día —¡tal es la decadencia de la probidad desde aquellos tiempos en nuestra Francia! — y en el que el número de las mujeres de alegre vivir era mucho más considerable —¡tal es la degeneración de nuestras costumbres! Como la humanidad, desde luego, no

cambia, se puede decir, como un antiguo autor, que cuantos más pícaros hay en galera muchos menos hay fuera.

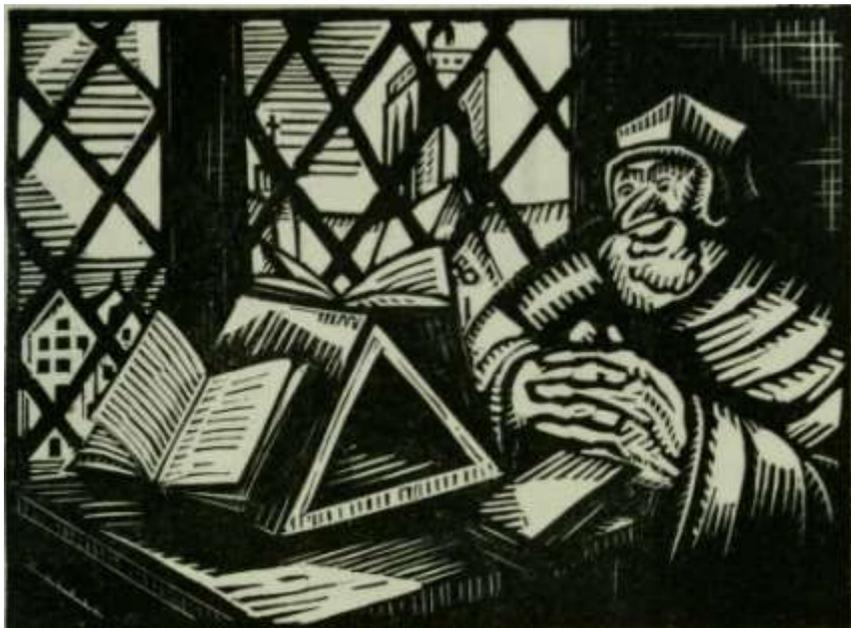
También hay que advertir que los ladrones de entonces eran menos caballerescos que los de hoy, y que este miserable oficio era en aquellos tiempos una especie de arte que hasta los buenos hijos de familia se dignaban ejercer. Muchas buenas capacidades, arrojadas a los pies de una sociedad llena de barreras y de privilegios, rechazadas por ella se educaban devotamente en aquel oficio; enemigos mucho más peligrosos para los particulares que para el Estado, cuya máquina quizá hubiese estallado sin esta válvula de escape. Además, sin duda alguna la justicia de entonces daba un trato cortés a los ladrones distinguidos, y nadie como el magistrado de la plaza de la Delfina ejerció tan gustosamente esa tolerancia, y ello por razones que ya conoceréis. En cambio, ninguno tan severo como él con los torpes: éstos pagaban por los otros y llenaban los patíbulos, que, según frase de D'Aubigné, daban entonces sombra a París, con gran deleite de los burgueses, que eran entonces mejor robados, con la suma perfección del arte de la briba.

Godinot Chevassut era un hombrecillo orondo que empezaba a encanecer y que se alegraba mucho de ello, al revés de lo que suele ocurrir a casi todos los viejos; así, pensaba él, perdería por fin su pelo aquel color encendido que tenía de nacimiento, y que le valió el desagradable mote de el Salmonete, que sus conocidos, como era más fácil de recordar y pronunciar, cambiaban por su verdadero nombre. Tenía ojos bizcos y muy vivos, aunque casi siempre los medio cerraba bajo el espesor de sus gruesas cejas, y una boca desgarrada como las personas que ríen constantemente. A pesar de todo esto, aunque sus facciones tuvieran casi siempre un gesto maligno, nunca se le oía reír a carcajadas ni, como suele decirse, a *mandíbula batiente*; sólo cuando se le escapaba alguna frase divertida la acentuaba al final con un ¡ah!, o un ¡oh!, que le salía de lo más hondo de sus pulmones, pero de un efecto único y singular; esto

acontecía con mucha frecuencia, pues nuestro magistrado, aun en el mismo Tribunal, era muy amigo de salpicar su conversación con agudezas, chistes y frases picantes. Por lo demás, era ésa una costumbre muy de las gentes de toga de aquel tiempo y aún hoy lo es de los magistrados provincianos.

Para acabar su retrato sería necesario plantarle en el sitio acostumbrado de la nariz una larga, de punta roma; las orejas bastante pequeñas, lisas y tan diestras en su oficio que eran capaces de oír a un cuarto de legua el tintineo de un cuarto de escudo, y el de un doblón desde mucho más lejos. Por esto, como cierto litigante preguntase si el señor magistrado no tendría amigos a quienes pedirles una recomendación para él, le contestaron que, en efecto, el Salmonete tenía unos amigos a los que hacía enorme caso; que entre ellos estaban monseñor Doblón, don Ducado y hasta maese Escudo; que era necesario hacer intervenir simultáneamente muchas influencias de éstas, y que con ello se podía estar seguro de ser atendido fervorosamente.

II. UNA IDEA FIJA



HAY ciertas gentes que sienten mayor simpatía por ésta o aquella cualidad excelsa o por una u otra rara virtud. Unas tienen en más alta estima la grandeza y el arrojo guerreros y sólo las complacen los relatos de las grandes hazañas bélicas; otras colocan por encima de todo el genio y las invenciones de las artes, de las letras o de la ciencia; otras se sienten más bien emocionadas por la generosidad y las virtuosas acciones encaminadas a socorrer a nuestros semejantes, desasosegándose por su salud, y ello por inclinación natural y temperamento de cada uno. Ahora bien: el íntimo sentir de Godinot Chevassut era el mismo del sabio Carlos IX, es decir, que no pueden establecerse cualidades más al-

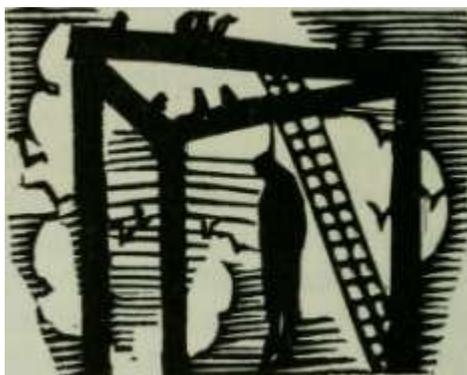
tas que el ingenio y la destreza, y que las gentes que poseen estas dos son las únicas dignas de que en este mundo se las honre y admire; y en nadie encontraba tan brillantes y bien desarrolladas estas cualidades como en la estupenda sociedad de los rateros, estafadores, descuideros y vagabundos, cuya *vida generosa* y sus singulares trucos se desenvolvían todos los días ante él con una inagotable variedad.

Su héroe favorito era maese François Villon, parisiense tan célebre en el arte de la poética como en el de la estafa y la rapiña. ¡Seguramente hubiese dado la *Ilíada* y la *Eneida* y la novela, no menos admirable, de *Huon de Bordeaux* por el poema de las *Comilonas caseras*, y aun por la mismísima *Vida de maese Faifeu*, que son las epopeyas rimadas de la truhanería! *Las Ilustraciones de du Bellay*, el *Aristóteles peripolítico*n y el *Cymbalum mundi* le parecían obras muy flojas al lado de la *Jerga seguida de los Estados generales del reino del Argot* y de los *Diálogos del Avispado* y del *Papanatas*, escrita por un pícaro e impresa en Tours con autorización del Rey de Thunes, Simón el Embaucador, Tours, 1603. Y como, naturalmente, los que sienten estima por cierta virtud desprecian grandemente el defecto contrario, nada le parecía a él tan odioso como las gentes simples, de inteligencia espesa y de espíritu poco complejo. Llegó hasta tal punto este desprecio, que pretendió cambiar por completo la distribución de la justicia mandando que cuando se descubriera algún grave latrocinio se colgase no al ladrón, sino al robado. Era toda una idea la suya. Creía ver en ella el único medio de apresurar la emancipación intelectual del pueblo y de hacer llegar a los hombres del siglo hasta un supremo progreso de ingenio, de habilidad y de inventiva que, según él decía, era la verdadera corona de la humanidad y la perfección más estimada por Dios.

Esto en cuanto a la moral se refiere. Respecto a política, estaba convencido de que el robo organizado en gran escala favorecía como nada la división de las grandes fortunas

y la circulación de las pequeñas; únicas causas que pueden producir el bienestar y la liberación de las clases inferiores.

Como veis, sólo le llenaban de gozo la diestra y equívoca argucia, las sutilezas y las trapacerías de los verdaderos curiales de Saint-Nicolas y los viejos trucos de maese Gonnin, que habían conservado su sal y su ingenio desde hacía dos siglos; también le alegraba que Villon el villonense fuese su camarada; de ningún modo uno de esos marrulleros a la manera de los Guilleris o del capitán Encrucijada. Desde hoy el malvado que apostado en una carretera despoja brutalmente a un viajero inerme le parecía tan repugnante como a todo espíritu sano; así le sucedía también con los que sin esfuerzo alguno de imaginación penetran con fractura en alguna casa aislada, la saquean y a veces degüellan a sus dueños. Pero si Godinot Chevassut hubiese sabido que algún distinguido ladrón había tenido el cuidado de no estropear el dibujo de un trébol gótico con una brecha practicada en una tapia para entrar a robar en la casa, de tal modo que quedasen patentes su buen gusto y el arte de su ejecución, seguramente nuestro magistrado habría considerado al ladrón mucho más que a Bertrand du Guesclin o a César, el emperador, y todavía me quedo corto.



III. LOS GREGÜESCOS DEL MAGISTRADO



YA dicho todo esto, creo que es el oportuno momento de descorrer la cortina, según era costumbre en nuestras antiguas comedias, y de dar un puntapié trasero al señor don Prólogo, tan enojosamente prolijo que ha sido necesario en el transcurso de su exordio despabilar tres veces las velas. Que se dé prisa, pues, a terminar, rogando a los espectadores, como Bruscombille, que «limpien las imperfecciones de su dicción con el cepillo de su sabiduría y reciban el enema de sus excusas en los intestinos de su impaciencia», y ya está dicho, y la acción va a comenzar.

La escena, en un salón bastante grande, sombrío y amueblado. El viejo magistrado está sentado en un amplio sillón esculpido, de retorcidas patas y de respaldo vestido con un tapetillo de damasco franjeado; está probándose unos gregüescos flamantes que acaba de llevarle Eustaquio Bouteroue, aprendiz del maestro calcetero Goubard. El señor Chevassut, anudándose las agujetas de los gregüescos, se levanta y se sienta continuamente, y de cuando en cuando le dirige la palabra al aprendiz, que, rígido como un santo de piedra, se ha sentado, accediendo a la invitación, en el filo de un taburete y mira al magistrado con azoramiento y timidez.

«¡Hum! ¡Éstos ya cumplieron su misión!» —dijo el magistrado empujando con el pie los deteriorados gregüescos que se acababa de quitar: mostraban ya su tronado tejido como una ordenanza prohibitiva del prebostazgo; y todos los pedazos se decían adiós..., un adiós *desgarrador*.

El chistoso magistrado recogió sin embargo el viejo vestido *ineludible* para coger su bolsillo, del cual sacó algunas monedas y las extendió en la mano.

«Es indudable —añadió— que nosotros los hombres de leyes hacemos un uso muy prolongado de nuestros trajes gracias a la toga, bajo la cual los llevamos mientras los tejidos lo resisten y las costuras se mantienen discretamente bien; por esta razón, y porque es necesario que todo el mundo viva, aun los ladrones, y por tanto los maestros calceteros, no regatearé nada los seis escudos que el maestro Goubard me pide; y aun añadido generosamente un escudo falso para su dependiente, bajo la condición de que no lo cambie perdiendo, sino que lo haga pasar como bueno a cualquier chiflado burgués, empleando para ello todos los recursos de su ingenio; sin tal condición me quedo yo con el escudo para que mañana domingo me sirva en la colecta de Notre-Dame».

Eustaquio Bouteroue cogió los seis escudos y el escudo falso e hizo una profunda reverencia.